

de su vasallaje, pero al mismo tiempo se observa en su obra que esa dependencia no puede ser anulada: hay mundo, y el lenguaje ni puede ser ajeno a él ni constituirse en un código autónomo. Esta tensión, aunque está en los primeros libros de Robayna, se hace más evidente, con acento ligeramente dramático, en *Palmas sobre la losa fría*. La palabra en el lugar de la palabra nos dice continuamente su vocación de mundo, y esto puede verse en poemas como «Arena espejo fuego», «Por agosto», «Cifra del Arrecife» y algunos otros.

Robayna escribe el poema porque lo que un poeta quiere, es justamente esta aparente obviedad, que el poema se haga. Leer ese poema es asistir a la visión, audición, meditación y conjugación de un conjunto de islas, archipiélago de rocas, terrazas, gaviotas, pasos, playas y espumas. Un gran cielo como una página en blanco. Islas ígneas: archisignos. Pedregal de signos: espuma, aire. La mirada de Andrés Sánchez Robayna es un cubilete que agita unas cuantas palabras convertidas en una suerte de azar y rigor. Sus variaciones y recurrencias patentizan la inagotabilidad de la obra. No la palabra última, sino la voz que se convierte en eco que, una vez más, se torna voz: errancia del sentido y de los sentidos. Estos ecos y reflejos no son los de Borges. En él, heredero de Quevedo, Hume y Schopenhauer, los espejeos dialécticos nos muestran un poso de irrealidad; las imágenes no son presencias, no tocamos el mundo, parece decirnos el gran escritor argentino, aunque sus escritos muchas veces le contradigan. En cambio, en Robayna las imágenes son presencias en las que se hace evidente tanto su manifestación como su silencio.

«El silencio se habla», escribe el autor de *La Roca*. El silencio no es, sólo, lo callado; el silencio es el mundo más allá del lenguaje: ese tejido de relaciones que el poeta hace aparecer en el espacio de sus versos. Para ello, para que el poema se llene de mundo, el yo del poeta se diluye: no es un obstáculo, es una transparencia. No es que no exista: hay un poeta que escribe unos versos, pero el poeta es, en profundidad, el no obstáculo, el que permite la aparición del lenguaje en un grado cero de referencialidad condicionada y con un alto grado —en el caso que nos ocupa— de reversibilidad. Esto puede verse en uno de los mejores poemas de *Clima*, «Cifra del Arrecife». Reversibilidad: las cosas tienden hacia el signo y éste tiende hacia las primeras. El arrecife es una inminencia de signo, y la marca del sol que se encrespa en los vórtices negros de la piedra es también huella, no en los pensamientos (que sería un ejercicio de carácter intelectual), sino en el pensar, en el acto mismo de la intelección. La mirada del poeta es como un sol que esculpe, sobre las olas y el negro arrecife, presencias fugaces. Ante este paisaje, el poeta presiente su realidad inalcanzable y por ello dice que «detrás / de la sílaba negra [hay] un pleno precipicio / colmado de su estancia». Esta observación deviene de la cercanía misma de una palabra que se escribe (se inscribe) en sus bordes. Henri Lefebvre escribió que el silencio «está dentro del lenguaje y al mismo tiempo en sus fronteras», pero, añadido por mi cuenta, la lengua de todos los días, dicha y escrita, tiende sobre todo a la opacidad, a la estratificación, a rellenar todos los huecos. Gran parte de los escritores son como un alfarero que

tratara de llenar de arcilla los huecos de los cántaros, sin comprender que es el hueco, como se sabe desde el inicio de la alfarería y desde Lao Tse, el que hace al cántaro.

Robayna no postula el silencio, no es un místico sino un poeta; tampoco un determinado silencio, como en el caso de Rimbaud que cambió la palabra poética por la acción. Robayna es poeta y cree en las palabras tanto como descrea de ellas. De lo que trata es de la ubicación del silencio en el fundamento de su escritura, en ocasiones substantivando el espacio gráfico, las pausas, dotando a su dicción de una fuerza inusual.

Palmas sobre la losa fría (1989) es un libro clave en la obra de Robayna. Y su singularidad tal vez no esté sólo en lo que nos revela en sus poemas, sino también en el espacio que abre en la obra de Robayna. En él se introducen formas expresivas que hasta ahora su autor había dejado de lado. En primer lugar, introduce aspectos subjetivos, interrogaciones y situaciones que más que corresponder al sujeto poético (aunque también es así), tienen que ver con la persona antes de que pueda pronunciarse o inscribirse como sujeto que surge de la experiencia poética. Se podría decir que toda la obra anterior de Robayna está muy centrada en una preocupación sobre el poema mismo, sobre la posibilidad misma del poema. De hecho, su obra crítica paralela es buen ejemplo de esto: lecturas e investigaciones casi siempre relacionadas con asuntos de poética. Creo que es un tema fundamental: cómo se concibe la poesía, cuál es el papel del poeta, qué dice el poema, qué se puede conocer o vivir a través de la poesía, etc. La poética conlleva una postura ante el mundo al serlo, en primer lugar, ante el lenguaje con el que se trabaja. Es cierto que a veces nos gustaría que Robayna, conociendo tan bien las poéticas que van desde Mallarmé a Paz, discutiera más las tentativas, las promesas y sus logros. También es verdad que no es fácil: su obra crítica, las elecciones de sus ensayos, están profundamente relacionadas con su propio hacer como poeta. Por ejemplo, cuando Francis Ponge, un escritor sobre el que Robayna ha escrito, habla de la «redención de las cosas (en el espíritu del hombre)», podemos pensar en muchos de los poemas de nuestro autor en los cuales trata de desplazar el antropomorfismo excesivo heredero del romanticismo hacia una preponderancia del mundo. Ya he señalado ese adelgazamiento del sujeto en su obra, que es un intento de esto que él mismo ha visto en Ponge.

Que el lenguaje es el testimonio de nuestra distancia y de nuestra tensión hacia las cosas, es el argumento de esta nueva obra de Sánchez Robayna. Desde el comienzo parece evidente que en este intento de «redención» de las cosas y por lo tanto de reconciliación del hombre con el mundo no verbal, el sujeto ha entrado en crisis. «Hemos salido», escribe Robayna dramatizando la presencia del lenguaje como un estar de más y, al mismo tiempo, asumiendo la fatalidad de saber que sólo diciendo la palabra que es mundo podremos salvarnos del exilio, de una palabra endurecida ante las cosas. *Palmas sobre la losa fría* puede ser leído como el diario de una peregrinación hacia el lugar de la espera donde «la voz humana herida de sed y resplandor» aguarda, desde el silencio, el cuerpo de la palabra. Creo entender que ese cuerpo

es el del principio, no el histórico, sino el que late en cada instante y al que atribuyó Rilke unidad corporal. Al leer este libro se entienden mucho mejor los anteriores, porque su estilo es más directo. Parece como si el poeta, dueño ya de una seguridad literaria consistente en una profunda crítica del sujeto, pudiera ahora, en una lengua que no ha perdido su economía esencial, decir algo sobre el testigo de ese mundo. Lo que dice es una dramatización del poeta que ve su propia muerte en la imposibilidad de decir el mundo. Robayna busca «saber la lengua áspera / de la pardela en el acantilado». Quiere tocar el mundo al decirlo, salvarse en la plenitud de una palabra que nos devuelva a la mismidad del mundo.

En ese tránsito de la palabra al mundo y de éste a la palabra, Andrés Sánchez Robayna ha escrito varios de sus mejores poemas («La estrella», «La espera al sol»), y ha dado un nuevo paso en su obra. No sé si ha encontrado la respuesta, más bien se ha hecho preguntas acertadas, o más correctadamente: su testimonio poético, al devolverle la dignidad a las palabras redime a las cosas («en el espíritu del hombre»), como quería Ponge, de su silencio. Es cierto que hay muchos temas que no aparecen en su obra, y a veces se echa de menos la mirada del otro, la ciudad, los gestos cotidianos. Pero ignoro si es justo reprochárselo. Más que elegir los temas, éstos nos eligen. Un tema, un verdadero tema, no se puede elegir¹.

Juan Malpartida

¹ La poesía de Sánchez Robayna hasta 1985, ha sido recogida en el volumen *Poemas (1970-1985)*, Ediciones del Mall, Barcelona, 1987. Posteriormente ha publicado Nikki, Newman/poesía, Málaga, 1988; *Palmas sobre la losa fría*, Cátedra, Madrid, 1989. Como ensayista ha publicado, entre otros escritos, *El primer Alonso Quesada 1977*, Museo Atlántico 1983, *Tres estudios sobre Góngora, 1983*, *La luz negra, 1985*, Para leer «Primero sueño» de Sor Juana Inés de la Cruz, FCE, México, 1991. Ha traducido a numerosos poetas, entre los que cabe señalar: *Haroldo de Campos*, Salvador Espriu y Wallace Stevens.

